

La historia de un bastardo maíz y capitalismo

Arturo Warman

México. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, Fondo de Cultura Económica. 1988.

Felipe I. Echenique March

El libro de Warman presenta una nueva forma de pensar y ver la Historia. Y no la de una región o una planta, sino la propiamente llamada Historia Universal, mucho más compleja y rica de lo que a veces se puede pensar o imaginar. Porque no es la Historia de unos cuantos, sino del conjunto de la humanidad que no labora en una sola rama del quehacer humano, sino que precisamente ha creado todas ellas.

Warman se planteó, sin lugar a dudas, la revisión deliberada de algunos paradigmas, dogmas y mitos que campean en las narrativas de la Historia Universal. Pero el método empleado no es el de la discusión abstracta sino el de la confrontación histórica a través de la Historia de un bastardo: el maíz, desde el momento mismo en que se universalizó su cultivo, con su incansable creador y recreador: *el campesinado*, y de las relaciones sociales en que ambos se han visto involucrados.

El paso es simplemente magistral. Con esto Warman no sólo recuperó la historia de una planta y la de millones de hombres del pasado y del presente,

reseñando su paciente e incansable participación en la construcción de la Historia Universal, sino también exhibe implícitamente lo rica, compleja y comprometida que resulta la historia como una disciplina de conocimiento y de transformación, y lo amañado y distorsionador que resultan las historias que omiten o intentan silenciar los trabajos y logros de las grandes mayorías. Miles de prejuicios siguen existiendo en nuestros días en torno al maíz y los campesinos, producto más de la ignorancia o desinformación que de un conocimiento y razonamiento pleno y humano.

El maíz, nos muestra Warman, es una planta excepcional, única por más de una razón. En primer lugar, y sin lugar a dudas, es una de las poquísimas plantas que podemos considerar como de creación meramente humana. Que dicha creación no fue obra del azar ni de la casualidad, sino producto de un constante trabajo colectivo de cientos de miles de hombres involucrados en el conocimiento, cuidado y transformación de las plantas (hoy llamada ingeniería genética). Pero este aserto conlleva una gran incertidumbre en cuanto a su pro-



genitor remoto y natural, sin que hasta la fecha se pueda poner en claro o a satisfacción de las ciencias naturales la identidad del mismo. Aunque ya no hay ninguna duda en que los miles de hombres que se involucraron en su creación actuaron como su única madre. De allí le viene al maíz —según Warman— lo de *bastardo*. Término que si se quiere es fuerte, pero verdaderamente ilustrativo en ese nivel.

Ahora bien, este logro de la humanidad, como otros tantos, no se dio en todas partes; en el caso particular del maíz, éste se generó en distintos espacios del centro-sur de la actual República Mexicana, sin que hasta la fecha se pueda precisar el lugar exacto donde se creó, por ser precisamente un resultado colectivo. Por otra parte, la excepcionalidad del maíz se encuentra en los logros del conjunto de su diseño, en los medios y trabajos que requiere para reproducirse; en las variadas y ricas posibilidades de su aprovechamiento total y en sus altos rendimientos por unidad sembrada. Todo esto ha hecho del maíz un "aventurero, un colonizador, uno de los que hicieron el mundo moderno desde las márgenes donde [dicen que] se construyó".

Warman se dedica a exhibirnos a lo largo de su libro las pinceladas selectas de la participación del maíz y de los campesinos en la construcción de la historia moderno-universal. Si hasta hoy no había una historia que lo hiciera, Warman ya inició el camino que en adelante se antoja más que sugerente, comprometido. Así lo hizo Warman al rescatarlos de la marginalidad, al colocarlos en su justo lugar, al combatir con la historia las ideas de que ambos son pobres, desclasados, conservadores, etcétera. Epítetos estigmatizantes que sólo han permitido a los "ilustrados" y ricos, juzgarlos y declararlos culpables, con el único fin de someterlos a las disciplinas que ellos imponen.

Sin embargo, aquel desprecio de los hombres "ilustrados" y ricos no se tradujo en su aniquilamiento —como ocurrió con otras tantas creaciones humanas que les eran ajenas—. El maíz, desde su introducción a los continentes que no lo conocían (Asia, Africa, Europa), acompañó a los campesinos pobres, a los que abrían nuevas tierras

para la subsistencia, a los que modificaron los usos del suelo para satisfacer los crecientes requerimientos de los dueños de las tierras, e inclusive para satisfacer la demanda de las ciudades o de las metrópolis lejanas.

El maíz, en su nueva condición de colonizador universal, exigió, como lo había hecho a su madre —las antiguas culturas mesoamericanas— cuidados y mimos para poder crecer y reproducirse, recompensándolos, como en los tiempos remotos en que fue creado, con prolijidad o abundancia. Aunque ello no quiere decir que tal generosidad haya sido aprovechada en su totalidad por quienes lo procuraban como a su propio hijo. Ya que las relaciones de poder existentes en la sociedad casi siempre terminaban expropiándole las demasías, con lo que se le reducía a la condición de pobre y casi miserable. Esta contradicción que se extiende hasta nuestros días, con visos cada vez más críticos y dramáticos para el conjunto de la humanidad, no es el producto de la íntima relación entre el maíz y el campesinado, sino la contradicción de un sistema de producir todo

tipo de bienes de consumo, cuya única finalidad es el enriquecimiento de los que detentan las redes de producción, comercialización y financiamiento. Esta contradicción se expresa hoy más clara y más nítidamente, pero también más dramática y alarmante en la casi nula capacidad de muchos países por lograr la autosuficiencia alimentaria. No es un problema de voluntades, incapacidades o de la simple negligencia del campesinado y de su hijo el maíz, sino del papel que se le permita desempeñar. Dice Warman, con justa razón, que no "hay culpables pero menos hay inocentes. Sin embargo hay víctimas". Así lo ha sido la historia moderna y no hay forma de conformarse o pedir que así siga siendo. La historia vista en otras dimensiones nos permite comenzar no la crítica del pasado, sino de los prejuicios con que estamos en el presente. No hay una historia hecha por las élites; la historia es mucho más compleja y rica que eso, porque en ella ha participado y participa activamente todo el género humano con una multitud de procesos que en lo individual o colectivo refuerzan y dan plena existencia a ese todo complejo social en movimiento que es la Historia.

Si el libro de Warman abre la posibilidad de comprender y confrontar muchos de los paradigmas que en la actualidad rigen los discursos de Historia Universal, también es cierto que nos queda debiendo —como él mismo lo señala— la explicación de los roles que han desempeñado *el bastardo* y sus creadores, y no sólo en el transcurso de la historia mexicana, sino también en su relación con el resto del mundo. Por lo que ya nos dejó ver Warman, en este primer libro, el que viene se antoja totalmente revisionista, esto es, lo suficientemente crítico para evidenciar los ritos y dogmas que aún campean en nuestras historias nacionales y aun regionales. Y esto último, pese a los esfuerzos que ya hace tiempo venían realizando historiadores de la talla de Gunder Frank, Sempat, Asadurian y del desgraciadamente desaparecido Angel Palerm. Esperemos pues, el nuevo libro de Warman y, mientras tanto, comencemos a releer los trabajos más significativos antes mencionados.